

“EVANGELIO” DE LA PASTORAL DE LOS MIGRANTES
“EVANGELIO” DE LA PASTORAL DE LA MOVILIDAD HUMANA

Pe. Alfredo J. Goncalves, CS
Asesor del Servicio de la Pastoral del Migrante SPM

São Paulo, 13 de noviembre de 2023.

Traducción de MSS Rosiane Melo

Varios textos del Nuevo Testamento (NT) e incluso del Antiguo Testamento (AT) podrían servir para orientar a la Pastoral de los Migrantes en sus distintas actividades, tanto desde el punto de vista pedagógico como desde una perspectiva espiritual, pastoral y teológica. La promesa a Abraham de una tierra y de un pueblo numeroso, y su partida; la narración del Éxodo, junto con la caminata por el desierto; el llamado Juicio Final, en el capítulo 25 de Mateo; pero también la parábola del Buen Samaritano, en el capítulo 10 de Lucas; o incluso la Primera Carta de Pedro, escrita "a los que viven dispersos como extranjeros en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia" (1Pr 1,1) - forman algunos casos ejemplares en el sentido de dar apoyo bíblico a la acción sociopastoral en el campo de la movilidad humana. En los párrafos que siguen, sin embargo, seguiremos de cerca el episodio de los Discípulos de Emaús como paradigmático para aquellos que trabajan pastoralmente con migrantes y refugiados (Lc 24, 13-35). La elección se debe, entre otras cosas, al hecho de que este pasaje, que retrata el Cristo Resucitado, ilumina retroactivamente la práctica de Jesús de Nazaret.

En él, el carácter pedagógico se revela más simple, oportuno y explícito. Por supuesto, el hecho de utilizar el término Evangelio para este pasaje no eliminará la posibilidad de utilizar ciertas referencias a diferentes escritos neotestamentarios, así como a veterotestamentarios o, incluso, los principios básicos de la enseñanza social de la Iglesia (DSI). En esta perspectiva, a partir de la trayectoria de los Discípulos de Emaús, será posible dibujar cinco pasos de lo que podemos llamar pedagogía de la práctica de Jesús: el camino, el diálogo, la invitación, la casa/mesa, la misión. Pedagogía que, como veremos a continuación, ilumina muy de cerca la acción evangélica de la Pastoral de los Migrantes. Aunque la descripción de Lucas se refiere al Cristo Resucitado, arroja una intensa luz sobre las huellas de Jesús de Nazaret. La luminosidad de la resurrección vale la pena repetir, retrata no solo para los escritos del NT, sino también para los del AT.

1. EL CAMINO

El primer paso de la pedagogía es el camino. Ambos discípulos se encuentran en el camino que va de Jerusalén a Emaús. El miedo, el fracaso, la decepción, el desengaño y la frustración son sus compañeros. Acaban de presenciar una tragedia y la fuga es necesaria: Jesús, el Nazareno fue condenado y juzgado en la madera de la cruz, la muerte reservada a los peores malhechores. Fue considerada la ejecución más ignominiosa del Imperio Romano. Si esto le sucedió al Maestro, ¿qué no le puede pasar a sus discípulos? No es difícil imaginar el dolor y el tono de la conversación entre ellos. Siguen cabizbajos, perplejos, impotentes. Adjetivos que, hoy en día, se pueden extender a los millones de migrantes y refugiados que cruzan las carreteras del éxodo, el exilio, la diáspora, el desierto, los bosques, los mares y los océanos... Ciudadanos obligados a huir debido a la pobreza, la miseria y el hambre; debido a las tensiones, conflictos y guerras, o a la violencia de orden político, religioso, étnico o

ideológico (cuando no todo esto al mismo tiempo); por las catástrofes climáticas, cada vez más extremas, con sus implicaciones y consecuencias impredecibles.

En esto aparece un forastero. Dice el texto que se trata de Jesús, pero ellos lo ignoran. De tan perturbados, no lo reconocen. Se nota aquí la delicadeza del Maestro: hacerse forastero para entrar mejor en la vida de ambos, en un momento de desesperación. Vale la pena señalar que en las situaciones límite de nuestra vida - como pérdida, enfermedad, abandono, migración, entre otras - hay pocas personas que están presentes. Justo en medio del sufrimiento, el extraño se pone a caminar lado a lado con los dos. Por lo tanto, no sería exagerado hablar de una especie de metáfora del misterio de la encarnación. "El verbo se hace carne y arma su tienda entre nosotros", escribe el prólogo del Cuarto Evangelio (Jn 1, 14). En las horas más turbias, turbulentas y tormentosas, Dios irrumpe en la historia personal y colectiva para iluminar la carretera y, quién sabe, proponer cambios sustanciales en el diseño de nuestros proyectos, programas y trayectorias.

Junto a los caminantes, la delicadeza del Maestro se desdobra en una triple atención: hacia sus rostros, sus voces y sus pasos. De ahí una extraña curiosidad, por su parte, que sería más correcto clasificar como actitud de cuidado, solicitud evangélica o solidaridad. La misma actitud que requieren los migrantes que, con sus heridas y cicatrices, llaman a nuestras puertas. También estos últimos amargan duras y áridas travesías, las Que, después de haber arrancado las raíces de la tierra en la que quedaron enterrados sus seres queridos, siguen en la incertidumbre de un puerto seguro para volver a empezar la nueva vida.

a) Los rostros

"Por qué están tristes" - pregunta el forastero. Pronto se dio cuenta de que los discípulos llevaban una pesada carga sobre sus hombros. Al parecer, está dispuesto a ayudar, aunque sea con una mirada o una palabra. El rostro, y particularmente la mirada, refleja el estado del alma. Por eso la disposición para una escucha calificada, digamos. La perspicacia del extraño está muy aguda. Se da cuenta en el primer tiro que hay una situación de sufrimiento acumulado allí. Y de hecho el que se decía Mesías, esperado desde hace siglos por el pueblo, termina humillante y perversamente colgado en la madera de la cruz. La pregunta del forastero - ¿por qué están tristes? - se vuelve más actual que nunca ante las multitudes de migrantes y refugiados. Ojo en el ojo, cara a cara, abre la oportunidad de hablar, desahogarse, exorcizar los miedos y pesadillas pasadas. La primera forma de acogida es precisamente abrirse a la escucha atenta y respetuosa. Debido a los problemas con la lengua o a la soledad sufrida, el migrante desea comunicarse. Hablar en ese momento es para él como respirar, comer, encontrar una casa y una cama para descansar.

b) Las voces

"¿Qué estáis hablando por el camino? No basta con la actitud de apertura al migrante y refugiado que acaba de llegar. Se hace necesario seguir su historia, su razonamiento o "narrativa", se diría en la actualidad. De ahí el adjetivo de escucha calificada. Ante la pregunta, los discípulos pasan a narrar la tragedia de la cruz. El proyecto del que se presentaba como Mesías, enviado por el Padre e incluso el Hijo de Dios fracasó dramáticamente. Sólo les quedaba la huida, el regreso a la tierra natal, un refugio para protegerse de cualquier persecución. Este mismo fracaso dramático, en general, está en el origen de la decisión de migrar. La gente deja sus países, su familia y sus parientes porque la posibilidad de una vida justa y digna, allí en la tierra de origen, se ha vuelto inviable. De ello se deriva la importancia de concederles tiempo y espacio para la narración de sus "aventuras". El acto de hablar y darse cuenta de que alguien los escucha con respeto y reverencia, por sí solo, ya va aliviando sus cargas. Pero también, y sobre todo, ilumina y organiza mejor su sufrimiento y sus preocupaciones. Repetimos, ayuda a exorcizar el lado salvaje de la migración, los demonios que a menudo la acompañan. Al mismo tiempo, crea grietas de luz para el lado humano y

solidario del fenómeno migratorio, es decir, hace ver que a través de él también nos acompañan los ángeles.

c) Los pasos

¡" El propio Jesús se acercó y comenzó a caminar con ellos"! Desde el comienzo del encuentro, e incluso sin que los discípulos se den cuenta de inmediato, el Maestro se pone a seguir sus pasos. En la perspectiva de los migrantes y refugiados, ¿qué significa seguir sus pasos? En primer lugar, conocer los sótanos, las periferias y las fronteras donde "se esconden". San Juan Bautista Scalabrini - padre y apóstol de los migrantes -, como bien lo sabemos, los visita en el famoso relato de la "Estación de Milán". Luego pasa a recoger sacerdotes y hermanas que los acompañen en los barcos que cruzaban el Atlántico, y que permanezcan con ellos al otro lado del océano, porque allí "vivían como bestias". Finalmente, el propio obispo de Piacenza, en su solicitud pastoral, hace hincapié en visitar Estados Unidos y Brasil para reunirse con los misioneros y misioneras, pero especialmente con la población migrante. Lo mismo hará el "profeta itinerante de Nazaret" por los caminos de Galilea, Samaria y Judea. Seguir los pasos de los migrantes, golpear sus senderos inhóspitos y llenos de lágrimas, sudor y sangre, en las huellas de Jesús y Scalabrini.

A estas alturas, no es difícil hacer un paralelo con el episodio de Abraham con los tres forasteros, a la sombra del roble de Mambré (Gn 18, 1-15). Los tres forasteros se revelan como mensajeros de Dios. Como tal, traen una Buena Noticia a la pareja Abraham y Sara. Ambos, incluso en edad avanzada, tendrán un hijo que debe continuar la promesa de una tierra y un pueblo numeroso. En el caso de los discípulos de Emaús - solos, tristes y abatidos - la presencia del Resucitado les pone el corazón arder y alas en los pies, como veremos más adelante. Lo mismo ocurre con Abraham y Sara. La presencia de los desconocidos pone toda la casa en marcha. Todo se hace a toda prisa para atender a los forasteros. La presencia de estos mensajeros de Dios, a su vez, rejuvenece el corazón y las energías, ya sea de la pareja de ancianos o de los discípulos cabizbajos. Pero vamos por partes.

2. EI DIALOGO

Caminando con los fugitivos, mirando sus rostros, escuchando sus palabras y siguiendo sus pasos, el extraño abre un puente de diálogo. A un lado del puente está la vida cotidiana ambigua de la vida; doy otro, la Palabra de Dios. Nueva delicadeza del Maestro: primero, deja hablar la vida concretamente vivida, siempre impregnada de "alegrías y esperanzas, tristezas y angustias" (Gaudium et Spes, n° 1). Solo en un segundo momento entra en escena la Palabra de Dios. Para comprender la extensión de esta delicadeza, conviene traer aquí una comparación muy simple y conocida de nuestro día con día. Supongamos que algunos miembros de la Iglesia, por ejemplo, deciden visitar a un paciente en el hospital. Al llegar a la cama, inmediatamente comienzan a leer algunos extractos bíblicos elegidos para el momento. Luego, se ponen a cantar con un librito de himnos. Sin treguas, siguen entonando salmos y oraciones para el enfermo. Pobre enfermo, la visita, con la intención de llevar el consuelo, puede terminar matando al desafortunado por saturación.

a) La palabra de la vida

En el fondo, lo que más anhela un paciente hospitalizado es poder hablar con alguien. ¿Cuál es el diagnóstico del médico? ¿Cómo lo han tratado las enfermeras? ¿Qué le llevó al hospital? ¿Cuánto duró la cirugía y cuántos puntos tomó? ¿Qué medicamentos tendrás que tomar? ¿Quién ha pasado por allí para visitarlo? ¿Cómo está el proceso de convalecencia? Estas y otras preguntas están escritas en los ojos de cualquier paciente hospitalizado. Y no puede esperar a hablar de ello, encontrar un par de oídos que lo escuchen. En lugar de darle la oportunidad de hablar, el grupo lo empuja por pasajes de la Palabra de Dios, himnos y

oraciones. Nada en contra de la visita y la oración, por supuesto. Pero a estas alturas se impone la pregunta: ¿por qué es importante que la vida hable en primer lugar? Porque la vida cotidiana, en realidad, está impregnada de la propia Palabra de Dios. Las personas que sufren luchan, sueñan, luchan y esperan son la carne viva de la Palabra. Constituyen el terreno de donde se levanta del suelo. Al igual que la mazorca, la flor y el edificio, la Palabra se levanta del suelo. Antes de subir a los cielos, el clamor de los que sufren germina en la tierra húmeda y oscura.

Nos damos cuenta de esto en el caso del encuentro de Jesús con la samaritana, al borde del pozo, narrado en el cuarto capítulo del evangelio de Juan. El cuarto evangelista trabaja con símbolos: dos personas, dos tipos de sed y dos tipos de agua. Al principio de la historia Jesús revela su sed, al final ofrece agua; la mujer, por el contrario, al principio tiene un cubo para sacar agua, al final se revela sedienta. En otras palabras, nadie es solo agua y nadie es solo sed; nadie puede ser agua todo el tiempo, y nadie puede ser todo el tiempo solo sed. Todos somos una mezcla de agua y sed. Es el encuentro, simbolizado en el pozo, que permite el encuentro del agua con la sed. Y allí, los valores, las culturas y las visiones del mundo se entrelazan y se abren al diálogo y al enfrentamiento. El encuentro/pozo depura y purifica cada persona y cada cultura. Más que llevar la Buena Nueva del Evangelio, Jesús la cosecha cuando se abre al encuentro. ¿Quién evangeliza, Jesús o la samaritana? Estamos tentados a decir que es el pozo/encuentro. En él el agua y la sed de uno y otro se fusionan y se integran, revelando sus luces, pero también sus sombras. De este modo, pueden entregarse a un enriquecimiento recíproco. Abrir pozos y encontrar en ellos la fe y la esperanza se convierte en la forma en que Jesús evangeliza. "Tu fe te ha salvado" - pasa a ser el estribillo del Maestro ante quien busca la curación, la salvación, el sentido de la vida.

No es diferente con los migrantes. Del mismo modo que es inapropiado llenar a un paciente con las palabras de la Biblia antes de tener tiempo para escuchar lo que tiene que decir, también es inapropiado verter textos, cantos y salmos sobre el migrante que, al llamar a la puerta, se encuentra hambriento, cansado y abatido. En ambos casos, lo primero que hay que hacer es concebir espacio para que la persona se manifieste. Enfermo y migrante experimentan una situación de extrema vulnerabilidad. El contexto social, económico, político y cultural se les escapa de las manos. También se les escapa de las manos el sentido de la vida. Ciertamente son asaltados por miedos, dudas, preguntas e interrogaciones de orden existencial. Se impone la necesidad de que puedan decir su palabra. Como hemos visto antes, esto los libera de un peso que tienen que llevar solos. Además, esto contribuye a que puedan levantar la cabeza y, en el caso del migrante, que empiecen a caminar con sus propias piernas. Esta situación de vulnerabilidad no pide tantas cosas, sino oídos que sepan escuchar. Por lo tanto, no se trata de ofrecer cosas o respuestas, sino de ofrecerte a ti mismo. El primer gesto del misionero, por lo demás, es salir de sí mismo e ir al encuentro del otro.

b) La palabra de Dios

Después de la escucha calificada de los dos discípulos - y solo después de este gesto - el Maestro se pone a confrontar la palabra de la vida con la Palabra de Dios. Recurre a los libros sagrados para iluminar lo que se ha dicho y no para evitar que se diga. La palabra divina sirve de soporte y consuelo para la existencia humana, pero ésta debe enfrentarse más bien a sí misma. Si es cierto que la Palabra de Dios ilumina la vida, también es cierto que la vida debe volverse permeable para recibirla. Y hacerse permeable es precisamente desenmascarar los contrastes y contradicciones que conlleva toda existencia humana. En el contexto de la movilidad humana, y especialmente de la acogida y atención a los migrantes, se podría resumir la siguiente fórmula: el agente pastoral debe mirar a Dios con la fe y la esperanza de quien hizo la experiencia del camino; y, por el contrario, mirar a los migrantes con el amor, la compasión y la misericordia del Dios que Jesús nos enseñó a llamar Padre. Y así la Pastoral de los Migrantes, al igual que Jesús, se hace puente hacia el diálogo, al tiempo que rompe los muros de la división y la separación.

c) El círculo hermenéutico

Tomemos prestado el concepto de círculo hermenéutico, tan querido por el teólogo uruguayo Juan Luís Segundo, en su obra *Liberación de la teología*. Según él, cualquier Realidad, una vez tomada en consideración, analizada y diseccionada, llama y recibe la Palabra de Dios. Al iluminar sus pliegues y huendas ocultas, los textos bíblicos producen modificaciones inevitables, creando una especie de Realidad II. Y esta, a su vez, buscando nuevamente la luz de los libros sagrados, pero con una mirada modificada por sus rayos, produce igualmente una nueva interpretación bíblica, encontrando una especie de Palabra de Dios II. Una dinámica similar instala un círculo virtuoso y en espiral, en el que la Palabra ilumina y transforma la Realidad, y la Realidad reinterpreta y transforma el contexto y el significado de la Palabra. De esta forma, el diálogo vivo entre Realidad y Palabra fecunda, transfigura y enriquece a ambas, generando esa espiral cada vez más amplia, que siempre incorpora nuevos elementos de una y otra.

Cuando esta realidad representa la del fenómeno migratorio, este último, al enfrentarse a la Palabra de Dios y al establecer con ella un diálogo dinámico y abierto, también sufre e imprime cambios.

Al ser iluminada por la Palabra de Dios, en el método VER-JULGAR-ACTUAR, la migración también ayuda a buscar una nueva interpretación de los textos bíblicos. Y esto con mayor razón, aún, cuando se sabe que la Biblia representa la memoria de un pueblo en camino: pueblo del éxodo, el desierto, el exilio y la diáspora. Pueblo que, en su experiencia fundante y en su vida espiritual y teológica, encontró en Iahweh un Dios del camino y en el camino, a diferencia de los imperios vecinos, como Egipto Persia, Babilonia y Asiria, luego Grecia y Roma, cuyos dioses estaban cómodamente establecidos en el trono, en el tiempo, en el palacio y en las ciudades-estados del mundo antiguo.

3. LA INVITACIÓN

Recorrido el camino y, durante el trayecto, entablado el diálogo, los tres personajes llegan al pueblo de Emaús. Mientras los dos discípulos se detienen y se disponen a entrar, dice el texto que "Jesús hizo fingir que iba más adelante". Así, verificamos una nueva delicadeza del Maestro. Vale la pena una pregunta retórica: ¿quién invita y quién es invitado? A primera vista, son los dos los que invitan al forastero. Pero la expresión "hace de cuenta" insinúa que la iniciativa por la invitación parte de Jesús. Es decir, da a entender que tiene todo el tiempo del mundo, basta con que lo inviten. La tercera carta del tercer capítulo del Libro del Apocalipsis sale a la luz natural: "Ya estoy llegando y llamando a la puerta; quien escuche mi voz y abra la puerta, entro en su casa y cenó con él, y él conmigo" (Ap 3, 20). El Maestro no obliga a entrar, sino que se ofrece de forma gratuita. Respeta la libertad de ambos, pero desde el principio ha tomado la iniciativa de estar con ellos.

¿Quién no recuerda el famoso cuadro del pintor inglés William Hobman Hunt, en el que Jesús llama a una puerta sin cerradura afuera? Sólo se puede abrir desde el interior. Como dice la cita anterior, el visitante "Está en la puerta y llama", pero no invade ni atropella la libertad de los residentes. Lo mismo ocurre en Emaús. Dando a entender que va más allá, Jesús también da a entender que también puede permanecer con ellos. Se pone a disposición, pero espera su libre consentimiento. Por eso, aunque literalmente la invitación parte de los discípulos, en el fondo es el Maestro quien administra las piedras del ajedrez.

¿Qué significa ponerse a disposición de los extranjeros, sin atropellar su libertad? La verdadera acogida a los migrantes se pone al servicio de los mismos, pero respeta su libertad. A pesar de pasar por nuestras casas de acogida, deben tener autonomía para decidir sobre el rumbo de sus propias vidas. En una palabra, servir no se confunde con imponer, indicar el camino, comandar. "El líder no es el que dirige al pueblo" - dice el filósofo italiano Antonio Gramsci - "sino el que se deja dirigir por él". El que es capaz de leer su historia, de interpretar

sus aspiraciones más profundas y, de forma organizada y sistemática, devolver todo esto a las bases para que éstas puedan decidir sobre los pasos a seguir. El servicio sociopastoral a los migrantes es una forma de levantarlos de una pesadilla dramática, de una posición de vulnerabilidad, para que puedan caminar con sus propias piernas. No se trata de crear una dependencia mórbida o una especie de infantilismo que no sabe cómo afrontar la vida, y menos aún el mercado laboral. El objetivo es ofrecerles la oportunidad de tomar decisiones libres.

Al tener tiempo para permanecer un poco más con ellos, Jesús no hace más que reproducir lo que había sido su forma de actuar durante la vida terrenal, por las carreteras de Galilea, Samaria y Judea. Su práctica evangelizadora consistía en "recorrer todos los pueblos y pueblos", curar todas las enfermedades y enfermedades y anunciar la Buena Nueva del Reino. Al enfrentarse a las "multitudes cansadas y abatidas, sentía compasión porque eran como ovejas que no tenían pastor", escribe el evangelista Mateo, en uno de sus resúmenes de las actividades del Maestro (Mt 9, 35-38). La disponibilidad incondicional similar nos lleva a reflexionar un poco sobre la concepción del tiempo. Los agentes de pastoral y los líderes en general tienen muy poco más allá de su propio tiempo. El uso responsable de este último determina a menudo el tipo de pastoral que ponemos en práctica. Aquí conviene reflexionar sobre tres formas de concebir el tiempo, o tres dimensiones del mismo: tiempo latifundio, tiene inversión y tiempo gratuidad.

a) Tiempo extensión/inmensidad

Se trata del tiempo reservado para uno mismo, cuyos minutos y horas están al servicio de los deseos e intereses personales. En este caso, es costumbre rodear el día de tantos y tan variados compromisos, que los pobres no tienen acceso a él. Son los agentes de agenda siempre llenos y siempre con prisa. No hay forma de ayudar a quien pide ayuda. El sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano encajan perfectamente en esta categoría. Tienen otras funciones que desempeñar, no pueden perder el tiempo con los que están caídos al lado de la carretera. En la Pastoral de los Migrantes, esta dimensión del tiempo como latifundio aleja toda posibilidad de una escucha cualificada, como hemos visto anteriormente. Los minutos y horas del día están tan llenos que sólo nos llenan las formalidades de la acogida. En lugar de pastores, nos convertimos en burócratas. Todo se reduce a números, formularios informáticos o papeles. La persona y su historia quedan en segundo plano.

Peor aun cuando perdemos el tiempo con ciertos "juguetes" favoritos, como las redes sociales, el coche, la televisión, el celular, Internet y tantas otras cosas dirigidas al propio ombligo. Prevalecen los impulsos e intereses personales. De ahí la saturación, el camino es muy breve. Sabemos por experiencia que todo lo que se acumula tiende a pudrirse, especialmente los alimentos. No es diferente con el tiempo: acumulado, se convierte en aburrimiento. El aburrimiento es el tiempo que, además sin gusto y sin sentido, acaba volviéndose improductivo. Al igual que el latifundio no cultivado y cuidado adecuadamente.

b) Tiempo de inversión

Otra forma de utilizar el tiempo de forma errónea en el ámbito de la pastoral es convertirlo en inversión. En pocas palabras: "sólo paso mi tiempo con aquellos que dan algún tipo de retorno". Lo que da lugar a un control de visitas y amistades minuciosamente programadas. Nos acercamos a los que tienen algo que ofrecemos a cambio. Se trata, en el fondo, de introducir en el campo de la pastoral los criterios del sistema capitalista de producción, mercado y consumo. Invertir es poner el tiempo y el dinero al servicio del beneficio y la acumulación de capital. Puede ser capital monetario, por supuesto, pero capital también humano y social. El tiempo se mide de acuerdo con lo que él mismo puede ganar a cambio. Las relaciones humanas, dentro o fuera de la pastoral, pasan a valer como moneda de cambio. "El tiempo es dinero", decía Benjamin Franklin, uno de los fundadores de Estados Unidos

como nación libre. Ahora bien, si el tiempo equivale al dinero, es necesario usarlo no solo con precaución y parsimonia, sino sobre todo usarlo para que la inversión sea rentable. El dinero debería rendir más dinero. El esfuerzo pastoral debe rendir algún tipo de activo. La filosofía del liberalismo, o neoliberalismo, pasa a regular el tiempo de la propia actividad pastoral. Invertiremos nuestros días y horas en quienes, posteriormente, pueden servirnos como punto de apoyo y referencia. Nada de desperdiciar el precioso tiempo / dinero con aquellos que no tienen nada, y que, por lo tanto, nunca podrán incrementar la fuerza y las energías de la acción sociopastoral. El tiempo y el dinero, cuando se consideran equivalentes, terminan desarrollando una promiscuidad recíproca. Y no es difícil que esta combinación funesta penetre en el interior de las acciones pastorales. Con esto, los migrantes que no generan ingresos para el futuro de la misión, tienden a ser dejados de lado, como lo fue el "caído" al lado de la carretera. Solo el extranjero samaritano tuvo compasión de él y, gratuitamente, cuidó de sus heridas, Puso a disposición del herido, más allá del tiempo, todo lo que tenía.

c)Tiempo gratuito

La conclusión de la parábola del Buen Samaritano nos introduce en el tercer modo de uso del tiempo: la gratuidad. "Ve y haz lo mismo" - dice Jesús al doctor de la ley. Hacer lo mismo es dejarse interpelar por los llamamientos de la hora, del momento, de la historia. Esto nos lleva de nuevo a la práctica evangelizadora del Maestro. La caravana de Jesús nunca atropella a quien grita por ayuda. Vemos esto, por ejemplo, en el episodio de los dos ciegos de nacimiento; en el caso de la mujer que había sufrido de hemorragia durante años, y ya había gastado todo con los médicos; en el entierro de un joven cuya madre había perdido el apoyo y el sustento de la vida; en el encuentro con los diez leprosos... y tantos otros. La caravana de Jesús siempre se detiene ante el dolor y el sufrimiento. A veces los propios discípulos intentan disuadir al Maestro: "¡Hay mucha gente aquí, y preguntas por quién te ha tocado"?! Pero Jesús sabe que, sí, alguien lo tocó de forma más desesperada. ¡Y tiene compasión!

El tiempo gratuito no se mueve por cálculos matemáticos de recompensa, sino por compasión ante los más necesitados. Teológicamente, es lícito afirmar que el tiempo del Hijo es el tiempo del Padre, lo que significa que es el tiempo de los pobres, enfermos, infelices, pecadores, indefensos, excluidos, marginados... Desde el Libro del Éxodo, en el Antiguo Testamento, hemos comprobado que el Dios lahweh ve la aflicción del pueblo, escucha sus clamores por culpa de los opresores, conoce su sufrimiento, desciende para liberarlo y envía a Moisés para sacarlo de Egipto. Cinco verbos en la primera persona del singular, colocados en la de Dios: ver, escuchar, conocer, bajar y enviar. Los tres primeros -ver, escuchar y conocer- indican un Dios atento, sensible y solidario con la situación de los esclavos y oprimidos. Los otros dos - bajar y enviar - representan la acción divina en la historia, a través de sus mensajeros y profetas.

Bajar significa rebajarse. Como dice el himno de la Carta de San Pablo a los Filipenses, el Hijo, aunque es igual a Dios, no se apegó celosamente a su condición divina, sino que se vació y se humilló a sí mismo," ¡Haciéndose obediente hasta la muerte y la muerte de la cruz! (Fl 2, 611). Nos topamos una vez más con el misterio de la encarnación: Dios que se baja para que los seres humanos puedan levantarse, desciende a la tierra para que podamos subir al cielo, se hace humano para que nos volvamos más divinos. ¿Cómo realiza este misterio? Haciendo carne, presencia, gesto, cuidado y compasión ante los que sufren y, a menudo, silenciosos o silenciados, gritan por ayuda. El Padre envía a la tierra a Moisés, y más tarde al propio Hijo para que "todos tengan vida y vida en abundancia" (Jn, 10, 10).

Desde el punto de vista de la Pastoral Migratoria, ¿cómo conjugar estas tres dimensiones del tiempo? ¿Cómo superar en nosotros el tiempo extensión/inmortalidad y el tiempo de inversión, para descubrir, cultivar y cuidar el tiempo como gratuidad? ¡La tarea no es sencilla! La tendencia más inmediata a sumar asistencias, hacer crecer los números, engrosar las estadísticas. El cálculo, las matemáticas y la producción nos persiguen en todo

momento. Después de todo, estamos llamados a dar cuenta de quién llama a la puerta. Creo que el mayor desafío consiste en, incluso en medio de tanta demanda, saber reservar tiempo para aquellos que ni siquiera pueden hablar. Dejarse invitar por los que habitan las zonas más sórdidas y abandonadas del campo y de la ciudad. Ponerse a su disposición. Dedicar algún momento del día, algún día de la semana, algún tiempo del año para la presencia gratuita. No tengamos dudas, el tiempo libre es el que más comparte el don de la misericordia, la Buena Nueva y la salvación. Que lo digan los gestos del Papa Francisco al visitar las islas de Lampedusa (Italia), Lesbos (Grecia), así como la frontera entre México y Estados Unidos. ¡Los gestos que valen una encíclica!

4. LA CASA & LA MESA

La mesa y la casa representan dos símbolos de los más significativos de la historia humana. Ambos se encuentran en el imaginario popular como lugares y / o ambientes de encuentro, convivencia, calidez, comodidad, refugio, calor humano, privacidad, descanso, amor y amistad, cariño, libertad, familia, hogar... y así sucesivamente. La expresión "estar en casa" contrasta frontalmente con la noción de "no lugar", acuñada por el etnólogo y antropólogo francés Mar Augé. "No lugares", según el autor, son el aeropuerto, la estación de autobuses, el centro comercial, la carretera, etc., donde nada ni nadie nos es familiar. Lugar extraño, inhóspito, ruidoso y de paso rápido, que no hace más que aumentar el anhelo y el deseo de llegar a casa. Para el migrante, el viaje y la frontera tienen un sabor amargo de no lugar. Todo es extraño y desconocido: tierra de todos, lo que puede significar igualmente tierra de nadie. Los complejos fronterizos hoy en día, en los límites territoriales y geográficos de los países, con su dinámica agitada y multilingüe, constituyen un retrato vivo de la economía globalizada. Contrastan con la sensación de "sentirse como en casa". Distintos rostros, idiomas, monedas, banderas, intereses y rutas allí se cruzan y se recruzan en el va y viene de la lucha por la vida.

a) La Casa

En términos simbólicos, la casa representa la ropa de un grupo que se ama, ya sea formado por una familia u otros lazos de amistad. De hecho, un grupo que se ama crea sus propias intimidades. El día con día se llena de "pequeños" íntimos, únicos, singulares. La convivencia privada similar necesita cuatro sacerdotes y un techo para protegerse de las miradas de los demás. Sin la casa, se convierte como un cuerpo desnudo, expuesto en una plaza pública a la curiosidad de los extraños. Toda intimidad requiere un hogar, tanto para calentar el corazón de cada miembro que le pertenece, como para renovar las energías. La casa se convierte en la retaguardia para quienes se encuentran en las trincheras rebeldes y turbulentas de la existencia. Aunque los choques cotidianos presentan heridas y cicatrices, queda la posibilidad de volver a casa y encontrar a los seres queridos. Hace toda la diferencia afrontar el camino, sabiendo que tienes una casa donde descansar la cabeza. Y no solo, sino también sabiendo que allí alguien nos espera, reza y anima por nosotros, está interesado tanto en el éxito como en el fracaso, está dispuesto a reír con nuestra alegría y llorar con nuestra tristeza.

Si esto es válido para cada uno de nosotros, con mucha mayor razón se aplica a los migrantes y refugiados. Después de días, meses, años caminando por caminos, desiertos, mares, bosques y fronteras, nada más cómodo que encontrar una casa. En este caso, la casa adquiere el sabor y la calidez de la patria. Desafortunadamente, las Casas del Migrante no siempre realizan esta hazaña, ya sea debido a la pluralidad de lenguas, culturas y valores, o a las precarias condiciones que allí se viven. El principio, sin embargo, permanece en pie. ¿Cómo hacer de estas casas un lugar de acogida humanizada? Al entrar en uno de esos entornos de acogida, el migrante debería sentirse aliviado, como si se le arrancara una inmensa carga de la espalda. Eso sería lo ideal, en términos pastorales. Si no siempre podemos lograrlo, al menos es posible dar algunos pasos en esa dirección.

c) La mesa

Desde un punto de vista simbólico, la mesa es un punto de encuentro y convivencia. En ella, mientras el alimento nutre el cuerpo, la presencia del otro nutre el corazón, el alma. Por eso podemos decir que, en la mesa, comemos y nos comemos. Al mismo tiempo que ingerimos una serie de delicias, también nos alimentamos con la mirada, la sonrisa, la historia de quien está a nuestro lado o frente a nosotros. Nada más extraño que tener que comer en la misma mesa con personas extrañas. O tener que comer solo. O incluso tener que comer juntos después de un conflicto en el grupo. Por muy bien preparado que esté, el alimento descende sesgado, medio amargo. El verdadero condimento de la comida es la presencia de familiares, amigos, conocidos. Y cuanto más profunda sea la relación entre los comensales, más sabrosa será la comida. El perro y el caballo comen solos, y ay de quien se atreve a acercarse. El ser humano necesita la presencia de los hermanos y hermanas.

A esto, los estudiosos lo llaman comensalidad o convivialidad. En la mesa se come y se comparte comida y vida. Uno y otro están estrictamente interconectados. Al saborear uno, vamos tejiendo los hilos invisibles del otro. De ahí la fiesta y la liturgia de la mesa. Nadie va a una fiesta solo por el hambre. El hambre se resuelve con poco. En cualquier fiesta tropezamos con personas deseosas de encontrarse. La verdadera hambre es de gente, de encuentro, no tanto de comida. En cuanto a la liturgia de la mesa, ¡sólo hay que ver con los platos, los cubiertos, los vasos y las servilletas están delicadamente ordenados! ¡Cómo llegan los alimentos en bandejas preparadas con arte y cuidado! O como, a menudo, todo viene acompañado de flores, velas y otros accesorios. El adorno de la mesa es su liturgia. Y cuanto más refinada sea esta, mayor será la dignidad de los participantes, un esfuerzo por comer con cierta ceremonia.

Combinando casa y mesa, llegamos al ambiente del jueves santo. "Ardientemente quería comer esta cena con vosotros", dice Jesús. Después, Comida, el Maestro se entrega a sí mismo como pan vivo, presencia que alimenta. Los capítulos del 13 al 17 del evangelio de Juan lo muestran de forma completa. Pasada la cena y saciada el hambre, viene el gesto del lavado de pies, como entrega no de poder, sino de servicio hasta las últimas fuerzas. Sigue un diálogo con los amigos íntimos, donde el tema gira en torno al amor, con palabras repetidas e insistentes: "amaos los unos a los otros como yo os he amado". Por último, la oración sacerdotal al Padre, "por estos y por los que vendrán por los siglos". Según los estudiosos, un verdadero testamento espiritual, donde transparece el corazón materno/fraterno/paterno de Jesús: "hijos, no se molesten su corazón, en la casa de mi padre hay muchas moradas; y voy a reservar una para ustedes; sean uno como yo y el Padre somos uno".

d) Forastero, hermano y anfitrión

También aquí, como en los párrafos anteriores, nos hemos tomado con la delicadeza del Maestro. De simple forastero al principio de la historia, pasa a ser considerado como un hermano de caminata. Tanto es cierto que acaba siendo invitado a la casa y a la mesa. Nadie invita a un extraño si éste no ha mostrado algún tipo de sensibilidad fraterna. ¡Pero no es solo eso! De hermano invitado a entrar y "quedarse con nosotros", se convierte en anfitrión. De hecho, es él quien toma en sus manos el pan, lo bendice y lo comparte con los discípulos. De la misma manera que había tomado la iniciativa de la invitación, ahora se convierte en el anfitrión de la propia acogida. ¡Y luego se reconoce! Lo que nos lleva a creer que, en la vida, Jesús nunca comió sin dar gracias a Dios, ni siquiera solo. Comer para él había sido siempre un momento de compartir y convivencia. De esta manera, la mesa se convierte en altar, y éste en eucaristía, donde el alimento y el agua viva sacian la sed de los que están en camino.

En este momento, vale la pena una parada para mirar las migraciones y los migrantes. Estos últimos, en general, se consideran un problema, una amenaza, un peligro, cuando no como enemigos. El episodio evangélico cuyos pasos estamos siguiendo revela precisamente

lo contrario. Cuando es recibido como hermano, puede convertirse en anfitrión. En una palabra, tiene algo que decimos y ofrecemos. En la palabra del filósofo alemán Gadamer, "el otro/diferente/extranjero tiene más que decir sobre mí que sobre sí mismo". Sus valores, expresiones culturales y / o religiosas pueden hacernos crecer. Si en lugar del rechazo, la hostilidad, la discriminación y la xenofobia, se ven con simpatía, las cosas cambian radicalmente. No basta con acoger a los que llegan, darles aterrizaje y comida y reunirlos en un ambiente común. La convivencia pacífica entre las distintas nacionalidades no es suficiente, la convivencia armoniosa no es suficiente, es decir, la tolerancia no es suficiente.

El verdadero encuentro conlleva un salto de calidad de la multiculturalidad hacia la interculturalidad. Encuentro que requiere apertura, confrontación y diálogo. Este último, como ya hemos visto, teje y entrelaza ideas, valores y expresiones culturales. Solo así, el encuentro puede depurar, purificar y enriquecer las diversas culturas en juego. Enriquecimiento que, además, desarrolla y dinamiza la identidad de personas, pueblos y culturas. La identidad se hace, se deshace y se rehace en continuidad en el choque con el extranjero. El encuentro con el diferente allana el camino para el encuentro con el Trascendente. O bien, según la filosofía del francés E. Levinás y en contra de otro filósofo también francés, J. P. Sartre, el encuentro con el otro nos lleva al totalmente Otro. Todavía según E. Levinás, el camino para llegar a mí mismo pasa necesariamente por el otro. Así, se descortina el horizonte para el crecimiento recíproco.

5. LA MISIÓN

El último paso de esta práctica de Jesús, y que proponemos como pedagogía para la Pastoral de los Migrantes, es la misión. El encuentro con el Resucitado en la mesa / altar de la eucaristía refuerza y revive la misionariedad de los discípulos, así como el trabajo junto a los migrantes y refugiados. En este caso, la delicadeza del Maestro está precisamente en salir de escena. Dejar el centro del escenario a los discípulos para que puedan tomar libremente la decisión de lo que conviene hacer. Hasta el momento, los focos, cámaras y micrófonos, digamos, convergían sobre la figura de Jesús. A partir de ahora, son los discípulos los que, después de escuchar al Maestro, deben partir hacia la evangelización. De acuerdo con el texto concluyente de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en la ciudad de Aparecida - SP y publicada en 2007 (Documento de Aparecida), el encuentro con el Resucitado hizo que dos discípulos temerosos se convirtieran en dos misioneros ardientes. El miedo y el abatimiento ceden paso a la esperanza y al entusiasmo. Y ambos, como con alas en los pies, regresan corriendo para proclamar lo que vieron y escucharon. El camino es el mismo. Pero si en el viaje de Jerusalén a Emaús estaban tomados por el pánico, la timidez y la parálisis, en el regreso de Emaús a Jerusalén prevalece un vigor, una fuerza y una alegría incomparablemente mayores: "¿No nos ardía el corazón mientras nos hablaba por el camino de las Escrituras"?

A partir de ahora, ¿quién o qué será capaz de detener la energía renovada de estos discípulos convertidos en misioneros? San Pablo responderá años después: "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada"? Y continúa a continuación: "Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio del que nos amó. Estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni el presente ni el futuro, ni los poderes, ni las fuerzas de las alturas o de las profundidades, ni ninguna otra criatura, nada podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Jesucristo, nuestro Señor" (Rm 8, 35-39).

Hemos visto anteriormente que Abraham y Sara, al recibir en su tienda y mesa a los ángeles mensajeros de Dios, se pusieron a correr de forma rejuvenecida. Los dos discípulos, a su vez, al ofrecer alojamiento al forastero y viajero junto con ellos, tuvieron sus vidas igualmente rejuvenecidas y corren a Jerusalén, para informar a los demás compañeros. En ambos casos, guía el brillo de una Buena Nueva. En el primero, la pareja de ancianos recibe la noticia de que, entre un año, tendrá un hijo, que salvará la promesa de la tierra prometida

y de una descendencia numerosa. En el segundo, los dos discípulos constatan que el Señor está vivo, y rápidamente se ponen en marcha para llevar la noticia a los cuatro rincones de la tierra. El encuentro con Dios renueva la existencia, las energías y la esperanza.

1. Misión y Ministerio de la Encarnación en Scalabrini

"A mitad de camino de nuestra vida / fui a encontrarme en una selva oscura / estaba la recta mi camino perdido".

Los versos anteriores abren la grandiosa obra de Dante Alighieri, La Divina Comedia. Pueden ayudar a reflexionar sobre el misterio de la encarnación, tan caro a J. B. Scalabrini. El supuesto es que el episodio de los discípulos de Emaús representa una especie de puesta en escena en miniatura de este misterio humano-divino. ¿Qué ocurre en la existencia personal o colectiva cuando, "a mitad de camino de nuestra vida" nos encontramos con esta "selva oscura", y nos sentimos "perdida la recta"? En términos bíblicos-teológicos, en estos momentos difíciles en los que vivimos dificultades extremas o situaciones-limites, Dios suele irrumpir en la historia para corregir su curso o su horizonte. Y el Señor lo hace, normalmente, a través de mensajeros muy peculiares, que pueden ser ángeles, forasteros o sueños. Todos estos mensajeros divinos, digamos, se encuentran en los relatos de la infancia de Jesús, en particular en el evangelista Lucas, donde, de alguna manera, se vela, desvela y revela el misterio de la Encarnación.

Bíblicamente hablando, sin embargo, con relativa frecuencia el verdadero camino y la verdadera sabiduría están asociados con la capacidad de escuchar a los ángeles, acoger a los peregrinos e interpretar los sueños. Ejemplo de esto puede, una vez más, el episodio del roble de Mambré, entre Abraham, Sara y los forasteros (Gn 18, 1-15). Por eso, vale la pena detenerse un momento sobre este episodio tan emblemático. Descansaba al viejo patriarca a la sombra del árbol, cuando vio acercarse tres extraños. Estos como que sacuden el torpor del anciano, que inmediatamente se pone de pie. A partir de entonces, dominan el vigor, el entusiasmo y, con ellos, la prisa. No hay tiempo que perder: de inmediato Abraham corre al encuentro de los recién llegados y los reconoce como enviados de Dios; luego corre a la tienda donde se encuentra la mujer Sara; le pide que, rápidamente, tome tres medidas de harina para cocinar el pan; siempre rápido, va al rebaño a tomar un ternero tierno y bueno; y finalmente, lo pasa al siervo, que también se apresura a prepararlo.

El patriarca parece ganar alas en los pies ya endurecidos por la edad. Y pone toda la casa corriendo para acoger a los huéspedes. La prisa del anciano no está solo en las manos y las piernas, sino especialmente en el corazón y el alma.

Estando sentado y somnoliento, quién sabe, pronto se levanta. Luego prepara la mesa y, siempre de pie, pasa a servir a los forasteros. El paso de estos tiene la capacidad de rejuvenecer al viejo Abraham. Los peregrinos inyectan sangre nueva en una casa que se dirige al otoño; traen oxígeno purificado a un organismo que se inclina hacia el declive. Pero, sobre todo, los extranjeros son portadores de una buena noticia que resucitará a la pareja, a la tienda y a todo el pueblo de Abraham. Sara, su mujer, aunque en la vejez, va a concebir y dará a luz a un hijo. Se salva la promesa de la Tierra Prometida y de una gran descendencia. En palabras del poeta, la selva oscura se iluminará, la recta vía enderezada. La existencia gana una nueva oportunidad y la vida volverá a empezar según el proyecto de Dios.

a) Los ángeles y peregrinos: mensajeros divinos

Pasemos a seguir más de cerca a los "personajes principales" que actúan en torno al nacimiento de Jesús, en el misterio de la encarnación: los ángeles, los sueños y la frontera. Comenzando con los primeros, en la tradición judío-cristiana, como vimos en el caso de

Abraham, los ángeles y/o forasteros desempeñan un papel importante como mensajeros de Dios. Si nos limitamos a las narrativas de la infancia de Jesús, marcan presencia junto a Zacarías, José, María y los reyes magos. Ángeles que alertan, que corrigen y que anuncian buenas noticias. Dios se hace presente a través de sus mensajeros, en el sentido de revestir la historia humana con su gracia salvífica. A menudo, sin embargo, los ángeles adquieren la forma de peregrinos o forasteros que llaman a la puerta. Disimulados, pasan por huéspedes deseados o no deseados.

En la misión de Scalabrini y en nuestra actividad de misioneros scalabrinianos, en lugar de alas, los ángeles tienen pies. Pies cansados, sucios y maltratados de los que caminaron mucho. Ángeles que hablan otros idiomas, se originan en otras naciones, llevan otros valores religiosos y culturales. Su presencia nos invita al encuentro, al diálogo, al intercambio y a la solidaridad. También nos alertan, nos corrigen y nos guían. Además de los migrantes, pueden ser nuestros padres, nuestros superiores, nuestros compañeros. Y también pueden ser situaciones degradadas de pobreza y violencia, donde habitan personas vulnerables, que nos interpelan al compromiso por la justicia y la paz, por la defensa de los derechos y la dignidad humana. Por la justicia y por la paz, por la defensa de los derechos y la dignidad humana.

Escuchar a los ángeles es saber escuchar el "otro, el diferente, el extranjero". Saber escuchar quién nos llama la atención para retomar la "recta vía". Estar atento no sólo a la propia voluntad o a los ruidos que nos rodean, sino a las personas y condiciones que requieren un compromiso con la vida. En las páginas bíblicas, vale la pena insistir, los sabios se dejan guiar por los ángeles, en la medida exacta en que estos últimos son portadores del mensaje divino. Pueden llegar de donde menos se espera, presentarse disfrazados de la manera que menos se espera, anunciar lo que menos se espera. A menudo aparecen como figuras inusitadas, con discursos inusitados, tratando de mostrarnos el brillo de alguna estrella hasta entonces oculta.

b) Los sueños como "señales de los tiempos"

Se aplica lo mismo a los sueños. Tropezamos con ellos en numerosos episodios bíblicos. No pueden dejar de estar presentes con motivo del nacimiento de Jesús. También a través de ellos Dios se manifiesta y revela su Palabra. José de Egipto y José esposo de María, sin olvidar esta última, están invitados a la interpretación de los propios sueños o del sueño de los demás. De hecho, en general de forma enigmática, los sueños suelen expresar lagunas, carencias y dificultades, pero también deseos, anhelos, en definitiva, la voluntad de superar. De nuevo Aquí, los migrantes soñadores por excelencia. Parten de la tierra que los vio nacer, y donde dejaron enterrados los huesos de sus antepasados, en busca del sueño de un futuro más prometedor.

El filósofo alemán Hegel, en su Fenomenología del Espíritu, señala el prefijo negativo "in" como factor que desencadena el dinamismo dialéctico de la transformación socioeconómica y político-cultural. Es decir, es a partir de situaciones como la inquietud, la incertidumbre, la inseguridad, la insatisfacción y la infelicidad que se forja y fortalece el deseo y la fuerza por los cambios estructurales. Quien nace en una cuna de oro, difícilmente piensa en cambiar su propia condición social. En otras palabras, los sueños pueden despertarnos a ciertas "señales de los tiempos", de las que la conciencia aún no ha tomado conocimiento. En un lenguaje figurado y a menudo invertido, el sueño desvela impasses, obstáculos y nodos a desatar. Saber interpretarlos puede llevar a detectar la irrupción del Espíritu en las coordenadas de la historia humana, ya que Dios sirve de este medio para revelar su voluntad y su proyecto de salvación.

Del subsuelo de los sueños surgen epifanías. Dios se revela a través de misterios ocultos en el inconsciente. Lo que también se aplica a los sueños colectivos. También el inconsciente colectivo de un pueblo suele estar impregnado de utopías. Utopías tanto más elocuentes cuanto más grave es su condición de esclavitud, pobreza, violencia y vulnerabilidad. De esto se derivan y toman cuerpo los sueños vivos de los migrantes.

Parafraseando al periodista brasileño Euclides da Cunha, autor de *Os Sertões*, no sería exagerado afirmar que "el migrante es, ante todo, un fuerte" (frase que el periodista usa en relación con el noreste). Fuerte porque movido por el sueño de la travesía: modificar su vida y la de la familia. Sueño tan a menudo interrumpido en la frontera, pero siempre retomado con fe, terquedad y esperanza. ¡Esperar contra toda esperanza!

Escuchar a los ángeles e interpretar los sueños requiere silencio. Silencio y capacidad de escucha. Hoy vivimos y nos movemos en sociedades predominantemente urbanas, donde el ruido y la prisa nos dejan sordos. Las ciudades y las metrópolis no tienen oídos. Conviene, a estas alturas, tener presente la "escuela de Nazaret" o escuela del silencio. José nunca habla, pero es el hombre adecuado, en el lugar adecuado para hacer lo correcto: defender la familia y la vida, es decir, el proyecto salvífico. De María, se dice dos veces que "guardaba y meditaba sobre estas cosas en su corazón" (Lc 1, 19.51). En cuanto a Jesús, pasa treinta años en silencio, antes de hacer público y anunciar que "el tiempo se ha cumplido, el Reino está cerca, convertid y creed en el Evangelio" (Mc 1,15).

Solo en el terreno del silencio la Palabra puede germinar. Es la hija del silencio. No cualquier palabra, sino la Palabra en singular, y con letra mayúscula, la que es capaz de iluminar, crear, consolar, liberar, curar, salvar, vivificar. De hecho, las palabras en plural y con letra minúscula, a menudo, encubren o distorsionan la verdadera Palabra, que "se hace carne y viene a habitar entre nosotros (Jn 1,14). A menudo, cuando alguien no sabe qué decir, se pone a hablar. Viene a la memoria una lata rodando en el asfalto: cuanto más vacía, más ruido hace. El silencio es el taller donde se forja la Palabra, el útero donde se gesta. Palabra que no viene del pozo del silencio tiende a repetirse a sí mismo o a los demás. En el interior de la Iglesia, como sabemos, no faltan loros. Por lo demás, quien no reflexiona se repite. En la función de sacerdotes y religiosos scalabrinianos, si estamos llamados a ser hombres de la Palabra, debemos ser más bien hombres del silencio.

2. La frontera como lugar teológico

No podemos olvidar que Jesús nació y murió fuera de los muros de la ciudad, en un espacio fronterizo. "María dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió con bandas y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para él en la casa" (Lc 2,7). La condena a la madera de la cruz, reservada a los peores malhechores, debía ejecutarse en el lugar aparte, fuera de la ciudad. "Maldito todo el que está suspendido en la madera", dice Pablo citando el Antiguo Testamento (Dt 21,23; Gl 3,13). La frontera es tierra de nadie, lo que abre la posibilidad de ser tierra de todos. Una especie de "no-lugar", en la concepción del antropólogo francés Marc Augé, en la obra *No lugares*, autor con el que ya nos hemos encontrado anteriormente. Recordando son los lugares donde nada nos es familiar, nos sentimos extraños, como en el aeropuerto, en la estación de autobuses y, por supuesto, en la frontera. De esto se deduce que el Reino de los cielos, centralidad de la Buena Nueva de Jesucristo, tiene sus raíces en la frontera, en los sótanos o periferias.

El Papa Francisco nos ha invitado a superar la globalización de la indiferencia por la "cultura del encuentro, el diálogo, el intercambio y la solidaridad". Al lanzarse a la carretera, en movimiento, el migrante, consciente o inconscientemente, hace marchar la propia historia. El simple hecho de migrar, con la cara y el coraje, lo convierte en un profeta, protagonista y artífice de nuevos tiempos. Con los pies en camino, denuncia al país de origen, que no le ha garantizado una condición de ciudadanía digna; y al mismo tiempo anuncia, en los países de destino, la necesidad de nuevas relaciones internacionales. Necesidad igualmente de disminuir el abismo de las asimetrías y desigualdades sociales. "El desarrollo es el nuevo nombre de la paz", reflejaba el entonces Papa Pablo VI, ya sea en *Gaudium et Spes* (1965), constitución pastoral del Concilio Vaticano II, o en la Carta Encíclica *Populorum Progressio* (1967). Los dos documentos, por cierto, pasaron por la mano del cardenal Montini y, a menudo, se consideran dos capítulos de un solo tema.

Volviendo al concepto de frontera como "no lugar", podríamos concluir, en una aparente paradoja, que este "No lugar" se convierte en el "mejor lugar" para sentar los cimientos del "nuevo lugar". En una palabra: El "no lugar" constituye el "lugar privilegiado" para lanzar la semilla del "Reino de los cielos". De hecho, solo quienes han pasado por la experiencia incierta, insegura e inquietante de la frontera anhelan un horizonte nuevo y más amplio. Aún con las palabras del poeta italiano, no puede esperar a abandonar la "selva oscura", retomar la "recta vía". De llegar a una casa o hogar, de encontrar un suelo amigable y acogedor. Bien decía Scalabrini que "para el migrante la patria es la tierra que le da el pan", o que "la migración amplía el concepto de patria". San Juan Bautista Scalabrini, padre y apóstol de los migrantes, nos dejó como carisma y herencia esta Espiritualidad de la Encarnación, ya que se reveló capaz de escuchar a los ángeles y forasteros, interpretar el sueño de los migrantes y salir hacia las fronteras de su tiempo.

CONCLUSIÓN

A pesar de recordar que todos y todos, una o más veces, ya hemos utilizado este episodio de los Discípulos de Emaús en la vida cotidiana de nuestro trabajo con los migrantes. Se trata, por tanto, de una reflexión que, de alguna manera, ha sido elaborada a varias manos. Más que eso, se levanta del suelo vivo de la Pastoral de los Migrantes. Tanto es cierto que ha seguido muy de cerca nuestros encuentros con migrantes, refugiados, marinos; pero también ha seguido nuestros momentos de formación. El episodio de hecho, como vimos al principio de estos párrafos, representa un instrumento bíblico-evangélico que trae luz a nuestra acción sociopastoral. Mi tarea aquí fue tratar de reunir lo que estaba un poco disperso y fragmentado, tratando de profundizar en algunos elementos, entrelazar con otros pasajes bíblicos y proponiendo nuevas lecturas.

En la base, sin embargo, como se puede ver, está el Fenómeno Migratorio, en su realidad desnuda y cruda. Son los migrantes los primeros protagonistas y artífices de estas líneas, ya sea como situación que sigue produciendo heridas y cicatrices a veces irreversibles, o como rostros, personas, familias e historias que, desde el punto de vista evangélico, nos interpelan y nos llaman a la acción. La convivencia con ellos tiene mucho que enseñarnos, como presencia, escucha, apertura, diálogo y estímulo recíproco. Al golpear a nuestra parte, nos ponen en marcha. El acto de migrar, por sí solo, ya es una forma de crítica y protesta. Cuestiona el país de origen, que no les concedió una ciudadanía justa y digna; cuestiona los países de tránsito, donde las fronteras y la legislación migratoria ofrecen cada vez más obstáculos; y cuestiona los diversos países de llegada, donde a menudo reina el rechazo y la hostilidad, el prejuicio y la discriminación, el racismo y la xenofobia.

La migración hace marchar la propia historia. Quien se pone en movimiento por las carreteras desconocidas e inhóspitas del éxodo y el exilio, llama a otras personas, grupos e instituciones a moverse. El movimiento de los migrantes y refugiados inquieta e instiga a ponerse en marcha. A través de ellos, Dios irrumpe en la historia para enderezar los senderos torcidos, para proclamar la Buena Nueva del Reino, para señalar los horizontes de la justicia, la paz, la fraternidad y la solidaridad. Más aún en los tiempos que corren, en los que ha ido creciendo el número de refugiados climáticos. Los migrantes, desalojados y "condenados de la tierra" (Frantz Fanon), exigen en silencio un ritmo menos rápido y alucinado, más armonioso, en la relación entre economía y naturaleza, entre la humanidad y el proyecto divino-humano de la creación.